



El Señor de las Moscas (Lord of the Flies)

Dirección: Harry Hook
Reparto: Balthazar Getty (Ralph), Chris Furrh (Jack), Daniel Pipoly (Porky), Badgett Dale (Simon), Andrew Taft y Edward Taft (los gemelos)
Producción: Ross Milloy para Castle Rock Entertainment y Nelson Entertainment
Guión: Sara Schiff, basado en la novela de Sir William Golding
Dirección de Fotografía: Martin Fuhrer
Edición: Tom Priestley y Harry Hook
Música: Philippe Sarde
Estados Unidos, 1990
Duración: 89 min.

Sinopsis

Un grupo de estudiantes naufraga en una isla desierta al caer su avión. Lejos de todo rastro de civilización, los niños se organizan en una forma primitiva de grupo social. A pesar de los esfuerzos de Ralph por mantenerse unidos, el grupo va degenerando en una horda salvaje en la cual la violencia encuentra un lugar.

Los hombres son buenos por naturaleza, es la sociedad la que los hace malos
Jean-Jacques Rousseau

William Golding *El señor de las moscas*

1. —Tiene que formarse un grupo especial que cuide del fuego. Cualquier día puede llegar un barco —dirigió la mano hacia la tensa cuerda del horizonte—, y si tenemos puesta una señal vendrán y nos sacarán de aquí. Y otra cosa. Necesitamos más reglas. Donde esté la caracola, hay una reunión. Igual aquí que abajo.

Dieron todos su asentimiento. Porky abrió la boca para hablar, se fijó en los ojos de Jack y volvió a cerrarla. Jack tendió los brazos hacia la caracola y se puso en pie, sosteniendo con cuidado el delicado objeto en sus manos llenas de hollín.

—Estoy de acuerdo con Ralph. Necesitamos más reglas y hay que obedecerlas. Después de todo, no somos salvajes. Somos ingleses, y los ingleses somos siempre los mejores en todo. Así que tenemos que hacer lo que es debido.

Se volvió a Ralph.

—Ralph, voy a dividir el coro... mis cazadores, quiero decir, en grupos, y nos ocuparemos de mantener vivo el fuego...

Tal generosidad produjo una rociada de aplausos entre los muchachos que obligó a Jack a sonreírles y luego a agitar la caracola para demandar silencio.

—Ahora podemos dejar que se apague el fuego. Además, ¿quién iba a ver el humo de noche? Y cuando queramos podemos encenderlo otra vez. Contratos, esta semana os encargáis vosotros de mantener el fuego, y los sopranos la semana que viene...

La asamblea, gravemente, asintió.

—Y también nos ocuparemos de montar una guardia.

Si vemos un barco allá afuera —siguieron con la vista la dirección de su huesudo brazo—, echaremos ramas verdes. Así habrá más humo.

Observaron fijamente el denso azul del horizonte, como si una pequeña silueta fuese a aparecer en cualquier momento.

2. Roger se inclinó, cogió una piedra, apuntó y la tiró a Henry, con decidida intención de errar. La piedra, recuerdo de un tiempo inverosímil, botó a unos cuatro metros a la derecha de Henry y cayó en el agua. Roger reunió un puñado de piedras y empezó a arrojarlas. Pero respetó un espacio, alrededor de Heriry, de unos cinco metros de diámetro. Dentro de aquel círculo, de manera invisible pero con firme fuerza, regía el tabú de su antigua existencia. Alrededor del niño en cuclillas aleteaba la protección de los padres y el colegio, de la policía y la ley. El brazo de Roger estaba condicionado por una civilización que no sabía nada de él y estaba en ruinas.

3. Habían llegado al lugar donde comenzaba la espesa selva, y caminaban cansados por un sendero cuando oyeron ruidos —en realidad gruñidos— y duros golpes de pezuñas en un camino. A medida que avanzaban aumentaron los gruñidos hasta hacerse frenéticos. Encontraron un jabato atrapado en una maraña de lianas, debatiéndose entre las elásticas ramas en la locura de su angustiado terror. Lanzaba un sonido agudo, afilado como una aguja, insistente. Los tres muchachos avanzaron corriendo y Jack blandió de nuevo su navaja. Alzó un brazo al aire. Se hizo un silencio, una pausa; el animal continuó gruñendo, siguieron agitándose las lianas y la navaja brillando al extremo de un brazo huesudo. La pausa sirvió tan sólo para que los tres comprendieran la enormidad que sería la caída del

golpe. En ese momento, el jabato se libró de las ramas y se escabulló en la maleza. Se quedaron mirándose y contemplaron el lugar del terror.

El rostro de Jack estaba blanco bajo las pecas. Advirtió que aún sostenía la navaja en lo alto; bajó el brazo y guardó el arma en su funda. Rieron los tres algo avergonzados y retrocedieron hasta alcanzar el camino abandonado.

—Estaba buscando un buen sitio —dijo Jack—; sólo esperaré un momento para decidir dónde clavarla.

—Los jabalíes se cazan con venablo —dijo Ralph con violencia—. Siempre se habla de cazar el jabalí con venablo.

—Hay que cortarles el cuello para que les salga la sangre —dijo Jack—. Si no, no se puede comer la carne.

—¿Por qué no le has...?

Sabían muy bien por qué no lo había hecho: hubiese sido tremendo ver descender la navaja y cortar carne viva; hubiese sido insoportable la visión de la sangre.

—Lo iba a hacer —dijo Jack.

Se había adelantado y no pudieron ver su cara.

—Estaba buscando un buen sitio. ¡La próxima vez...!

De un tirón sacó la navaja de su funda y la clavó en el tronco de un árbol. La próxima vez no habría piedad. Se volvió y les miró con fiereza, retándoles a que le desmintiesen. A poco salieron a la luz del sol y se entretuvieron algún tiempo en busca de frutos comestibles, devorándolos mientras avanzaban por el desgarrón hacia la plataforma y la reunión.

4. —Te has dado cuenta, ¿no?

Jack soltó la lanza y se sentó en cuclillas.

—¿Que si me he dado cuenta de qué?

—De que tienen miedo.

Giró el cuerpo y observó el rostro violento y sucio de Jack.

—Quiero decir de lo que pasa. Tienen pesadillas. Se les puede oír. ¿No te han despertado nunca por la noche? Jack sacudió la cabeza.

—Hablan y gritan. Los más pequeños. Y también algunos de los otros. Como si...

—Como si ésta no fuese una isla estupenda.

Sorprendidos por la interrupción, alzaron los ojos y vieron la seria faz de Simón.

—Como si —dijo Simón— la bestia, la bestia o la serpiente, fuese de verdad. ¿Os acordáis?

Los dos chicos mayores se estremecieron al escuchar aquella palabra vergonzosa. Ya no se mentaban las serpientes, eran algo que ya no se podía nombrar.

5. Contempló el reflejo de su rostro y no pareció quedar muy contento. Se agachó, tomó con ambas manos agua tibia y se restregó la cara. Reaparecieron sus pecas y las cejas rubias.

Roger sonrió sin querer.

—Vaya una pinta que tienes.

Jack estudió detalladamente un nuevo rostro. Coloreó de blanco una mejilla y la cuenca de un ojo; después frotó de rojo la otra mitad de la cara y con el carbón trazó una raya desde la oreja derecha hasta la mandíbula izquierda. Buscó su imagen en la laguna, pero enturbiaba el espejo con la respiración.

—Samyeric. Traedme un coco, uno vacío.

Se arrodilló sosteniendo el cuenco de agua. Un círculo de sol cayó sobre su rostro y en el fondo del agua apareció un resplandor. Miró con asombro, no a su propia cara, sino a la de un temible extraño. Derramó el agua y de un salto se puso en pie riendo con excitación. Junto a la laguna, su espigado cuerpo sostenía una máscara que atrajo hacia sí las miradas de los otros y les atemorizó. Empezó a danzar y su risa se convirtió en gruñidos sedientos de sangre. Brincó hacia Bill, y la máscara apareció como algo con vida propia tras la cual se escondía Jack, liberado de vergüenza y responsabilidad. Aquel rostro rojo, blanco y negro saltó en el aire y bailó hacia Bill, el cual se enderezó de un salto, riendo, pero de repente enmudeció y se alejó tropezando entre los matorrales. Jack se precipitó hacia los mellizos.

—Los otros se están poniendo ya en fila. ¡Vamos!

—Pero...

—...nosotros...

—¡Vámonos! Yo me acercaré a gatas y le apuñalaré...

La máscara les forzaba a obedecer.

6. —Habéis dejado que se apague el fuego. La insistencia incomodó a Jack. Miró a los mellizos y luego de nuevo a Ralph.

—Les necesitábamos para la caza —dijo—, no hubiéramos sido bastantes para formar el círculo. Se turbó al reconocer su falta.

—El fuego sólo ha estado apagado una hora o dos. Podemos encenderlo otra vez...

Advirtió la erosionada desnudez de Ralph y el sombrío silencio de los cuatro. Su alegría le hacía sentir un generoso deseo de hacerles compartir lo que había sucedido. Su mente estaba llena de recuerdos: los recuerdos de la revelación al acorrallar a aquel jabalí combativo; la revelación de haber vencido a un ser vivo, de haberle impuesto su voluntad, de haberle arrancado la vida, con la satisfacción de quien sacia una larga sed.

Abrió los brazos:

—¡Tenías que haber visto la sangre!

Los cazadores estaban ahora más silenciosos, pero al oír .aquello hubo un nuevo susurro. Ralph se echó el pelo hacia atrás. Señaló el vacío horizonte con un brazo. Habló con voz alta y violenta, y su impacto obligó al silencio.

—Ha pasado un barco.

Jack, enfrentado de repente con tantas terribles implicaciones, trató de esquivarlas. Puso una mano sobre el cerdo y sacó su cuchillo. Ralph bajó el brazo, cerrado el puño, y le tembló la voz:

—Vimos un barco allá afuera. ¡Dijiste que te ocuparías de tener la hoguera encendida y has dejado que se apague!

Dio un paso hacia Jack, que se volvió y se enfrentó con él.

—Podrían habernos visto. Nos podríamos haber ido a casa...

Aquello era demasiado amargo para Piggy, que ante el dolor de lo perdido, olvidó su timidez. Empezó a gritar con voz aguda:

—¡Tú y tu sangre, Jack Merridew! ¡Tú y tu caza! Nos podríamos haber ido a casa...

Ralph apartó a Piggy de un empujón.

—Yo era el jefe, y vosotros ibais a hacer lo que yo dijese. Tú, mucho hablar; pero ni siquiera sois capaces de construir unas cabañas... luego os vais por ahí a cazar y dejáis que se apague el fuego...

Se dio la vuelta, silencioso unos instantes. Después volvió a oírse su voz emocionada:

—Vimos un barco...

Uno de los cazadores más jóvenes comenzó a sollozar. La triste realidad comenzaba a invadirles a todos. Jack se puso rojo mientras hundía en el jabalí el cuchillo.

—Era demasiado trabajo. Necesitábamos a todos. Ralph se adelantó.

—Te podías haber llevado a todos cuando acabásemos los refugios. Pero tú tenías que cazar...

—Necesitábamos carne.

Jack se irguió al decir aquello, con su cuchillo ensangrentado en la mano. Los dos muchachos se miraron cara a cara. Allí estaba el mundo deslumbrante de la caza, la táctica, la destreza y la alegría salvaje; y allí estaba también el mundo de las añoranzas y el sentido común desconcertado. Jack se pasó el cuchillo a la mano izquierda y se manchó de sangre la frente al apartarse el pelo pegajoso.

7. —¿Qué es lo que somos? ¿Personas? ¿O animales? ¿O salvajes? ¿Que van a pensar de nosotros los mayores? Corriendo por ahí..., cazando cerdos..., dejando que se apague la hoguera..., ¡y ahora!

Una sombra tempestuosa se le enfrentó.

—¡Cállate ya, gordo asqueroso!

Hubo un momento de lucha y la caracola brilló en movimiento.

Ralph saltó de su asiento.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Tú no tienes la caracola! Déjale hablar.

El rostro de Jack flotaba junto al suyo.

—¡Y tú también te callas! ¿Quién te has creído que eres? Ahí sentado... diciéndole a la gente lo que tiene que hacer. No sabes cazar, ni cantar.

—Soy el jefe. Me eligieron.

—¿Y que más da que te elijan o no? No haces más que dar órdenes estúpidas...

—Piggy tiene la caracola.

—¡Eso es, dale la razón a Piggy, como siempre!

—¡Jack!

La voz de Jack sonó con amarga mímica:

—¡Jack! ¡Jack!

—¡Las reglas! —gritó Ralph— ¡Estás rompiendo las reglas!

—¿Y qué importa?

Ralph apeló a su propio buen juicio.

—¡Las reglas son lo único que tenemos!

Jack le rebatía a gritos.

—¡Al cuerno las reglas! ¡Somos fuertes..., cazamos! ¡Si hay una fiera, iremos por ella! ¡La cercaremos, y con un golpe, y otro, y otro...!

Con un alarido frenético saltó hacia la pálida arena. Al instante se llenó la plataforma de ruido y animación, de brincos, gritos y risas. La asamblea se dispersó; todos salieron corriendo en alocada desbandada desde las palmeras en dirección a la playa y después a lo largo de ella, hasta perderse en la oscuridad de la noche. Ralph, sintiendo la caracola junto a su mejilla, se la quitó a Piggy.

—¿Qué van a decir las personas mayores? —exclamó Piggy de nuevo—. ¡Mira esos!

De la playa llegaba el ruido de una fingida cacería, de risas histéricas y de auténtico terror.

—Que suene la caracola, Ralph. Piggy se encontraba tan cerca que Ralph pudo ver el destello de su único cristal.

—Tenemos que cuidar del fuego, ¿es que no se dan cuenta? Ahora tienes que ponerte duro. Oblígalos a hacer lo que les mandas.

Ralph respondió con el indeciso tono de quien está aprendiéndose un teorema.

—Si toco la caracola y no vuelven, entonces sí que se acabó todo. Ya no habrá hoguera. Seremos igual que los animales. No nos rescatarán jamás.

—Si no llamas vamos a ser como animales de todos modos, y muy pronto. No puedo ver lo que hacen, pero les oigo.

Las dispersas figuras se habían reunido de nuevo en la arena y formaban una masa compacta y negra en continuo movimiento. Canturreaban algo, pero los pequeños, cansados ya, se iban alejando con pasos torpes y llorando a viva voz. Ralph se llevó la caracola a los labios, pero en seguida bajó el brazo.

—Lo malo es que... ¿Existen los fantasmas, Piggy? ¿O los monstruos?

—Pues claro que no.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque si no las cosas no tendrían sentido. Las casas, y las calles, y... la tele..., nada de eso funcionaría.

Los muchachos se habían alejado bailando y cantando, y las palabras de su cántico se perdían con ellos en la lejanía.

8. —Clava una punta en el suelo. Caray... si es todo piedra. Métela en esa grieta. Allí.

Jack levantó la cabeza del animal y clavó la blanda garganta en la punta afilada del palo, que surgió por la boca del jabalí. Se apartó un poco y contempló la cabeza, allí clavada, con un hilo de sangre que se deslizaba por el palo.

Instintivamente se apartaron también los muchachos; el silencio del bosque era casi total. Escucharon con atención, pero el único sonido perceptible era el zumbido de las moscas sobre el montón de tripas. Jack habló en un murmullo:

—Levantad el cerdo.

Maurice y Robert ensartaron la res en una lanza, levantaron aquel peso muerto y, ya listos, aguardaron. En aquel silencio, de pie sobre la sangre seca, cobraron un aspecto furtivo.

Jack les habló en voz muy alta.

—Esta cabeza es para la fiera. Es un regalo.

El silencio aceptó la ofrenda y ellos se sintieron sobrecogidos de temor y respeto. Allí quedó la cabeza, con una mirada sombría, una leve sonrisa, oscureciéndose la sangre entre los dientes. De improviso, todos a la vez, salieron corriendo a través del bosque, hacia la playa abierta.

9. —Eres un niño tonto —dijo el Señor de las Moscas—. No eres más que un niño tonto e ignorante.

Simón movió su lengua hinchada, pero nada dijo.

—¿No estás de acuerdo? —dijo el Señor de las Moscas—. ¿No es verdad que eres un niño tonto? Simón le respondió con la misma voz silenciosa.

—Bien —dijo el Señor de las Moscas—, entonces, ¿por qué no te vas a jugar con los demás?

Crean que estás chiflado. Tu no quieres que Ralph piense eso de tí, ¿verdad? Quieres mucho a Ralph, ¿no es cierto? Y a Piggy y a Jack.

Simón tenía la cabeza ligeramente alzada. Sus ojos no podían apartarse: frente a él, en el espacio, pendía el Señor de las Moscas.

—¿Qué haces aquí solo? ¿No te doy miedo? Simón tembló.

—No hay nadie que te pueda ayudar. Solamente yo. Y yo soy la Fiera.

Los labios de Simón, con esfuerzo, lograron pronunciar palabras perceptibles.

—Cabeza de cerdo en un palo.

—¡Qué ilusión, pensar que la Fiera era algo que se podía cazar, matar! —dijo la cabeza. Durante unos momentos, el bosque y todos los demás lugares apenas discernibles resonaron con la parodia de una risa—. Tú lo sabías, ¿verdad? ¿Que soy parte de ti? ¡Caliente, caliente, caliente! ¿Que soy la causa de que todo salga mal? ¿De que las cosas sean como son? La risa trepidó de nuevo.

—Vamos —dijo el Señor de las Moscas—, vuelve con los demás y olvidaremos lo ocurrido. La cabeza de Simón oscilaba. Sus ojos entreabiertos parecían imitar a aquella cosa sucia clavada en una estaca. Sabía que iba a tener una de sus crisis. El Señor de las Moscas se iba hinchar como un globo.

—Esto es absurdo. Sabes muy bien que sólo me encontrarás allá abajo, así que, ¡no intentes escapar!

El cuerpo de Simón estaba rígido y arqueado. El Señor de las Moscas habló con la voz de un director de colegio.

—Esto pasa de la raya, jovencito. Estás equivocado, ¿o es que crees saber más que yo? Hubo una pausa.

—Te lo advierto. Vas a lograr que me enfade. ¿No lo entiendes? Nadie te necesita. ¿Entiendes? Nos vamos a divertir en esta isla. ¿Entiendes? ¡Nos vamos a divertir en esta isla! Así que no lo intentes, jovencito, o si no...

Simón se encontró asomado a una enorme boca. Dentro de ella reinaba una oscuridad que se iba extendiendo poco a poco.

—...O si no—dijo el Señor de las Moscas—, acabaremos contigo. ¿Has entendido? Jack, y Roger, y Maurice, y Robert, y Bill, y Piggy, y Ralph. Acabaremos contigo, ¿has entendido?

Simón estaba en el interior de la boca. Cayó al suelo y perdió el conocimiento.

10. —¡Alto! ¿Quién va?

—Roger.

—Puedes avanzar, amigo. Roger avanzó.

—Sabías muy bien que era yo.

—El jefe nos ha dicho que tenemos que dar el alto a todos.

Roger alzó los ojos.

—Ya me dirás cómo ibas a impedir que pasara.

—Sube y verás.

Roger trepó por el acantilado, con sus salientes a guisa de escalones

—Tú mira esto.

Habían empotrado un tronco bajo la roca más alta y otro bajo aquel haciendo palanca. Robert se apoyó ligeramente en la palanca y la roca rechinó. Un esfuerzo mayor la hubiese lanzado tronando sobre el istmo. Roger se quedó asombrado.

—Menudo jefe tenemos, ¿verdad? Robert asintió.

—Nos va a llevar de caza.

Indicó con la barbilla en dirección a los lejanos refugios, de donde salía un hilo de humo blanco que trepaba hacia el cielo. Roger, sentado en el borde mismo del acantilado, se volvió para contemplar con aire sombrío la isla, mientras se hurgaba en un diente suelto. Su mirada se posó sobre la cima de la lejana montaña y Robert se apresuró a desviar el silenciado tema.

—Le va a dar una paliza a Wilfred.

—¿Por qué?

Robert movió la cabeza en señal de ignorancia.

—No sé. No ha dicho nada. Se enfadó y nos obligó a atar a Wilfred. Lleva... —lanzó una risita excitada— lleva horas ahí atado, esperando...

—¿Y el Jefe no ha dicho por qué?

—Yo no le he oído nada.

Roger, sentado en las gigantescas rocas, bajo un sol abrasador, recibió aquellas noticias como una revelación. Dejó de tirarse del diente y se quedó quieto, reflexionando sobre las posibilidades de una autoridad irresponsable. Después, sin más palabras, descendió por detrás de las rocas y se dirigió a la caverna para reunirse con el resto de la tribu.

Allí, sentado, estaba el jefe, desnudo hasta la cintura y con la cara pintada de rojo y blanco. Ante él, sentados en semicírculo, estaban los miembros de la tribu. Wilfred, recién azotado y libre de ataduras, gemía ruidosamente al fondo. Roger se sentó con los demás.

—Mañana —continuó el Jefe— iremos otra vez a cazar.

Señaló con la lanza a unos cuantos salvajes.

—Algunos os tenéis que quedar aquí para arreglar bien la cueva y defender la entrada. Yo me iré con unos cuantos cazadores para traer carne. Los centinelas tienen que cuidar que los otros no se metan aquí a escondidas...

Uno de los salvajes levantó la mano y el Jefe volvió hacia él un rostro rígido y pintado.

—¿Por qué iban a querer entrar a escondidas, Jefe? El Jefe habló con seriedad, pero sin precisar:

—Porque sí. Intentarán estropear todo lo que hagamos. Así que los centinelas tienen que andar con cuidado. Y otra cosa...

El Jefe se detuvo. La lengua asomó a sus labios como una lagartija rosada y desapareció bruscamente.

—...y otra cosa; puede que la fiera intente entrar. Ya os acordáis cómo vino arrastrándose...

El semicírculo de muchachos asintió con estremecimientos y murmullos.

—Vino... disfrazado. Y a lo mejor vuelve otra vez, aunque le dejemos la cabeza de nuestra caza para su comida. Así que hay que estar atentos y tener cuidado.

Stanley levantó el brazo que tenía apoyado contra la roca y alzó un dedo inquisitivo.

—¿Sí?

—¿Pero es que no la..., no la...? Se turbó y miró al suelo.

—¡No!

En el silencio que sucedió, cada uno de los salvajes intentó huir de sus propios recuerdos.

—¡No! ¿Cómo íbamos a poder... matarla... nosotros? Con alivio por lo que aquello implicaba, pero asusta dos por los terrores que les guardaba el futuro, los salvajes murmuraron de nuevo entre sí.

—Así que no os acerquéis a la montaña —dijo el Jefe en tono serio—, y dejadle la cabeza de

la presa siempre que cacéis algo.

11. Estaba de pie, en medio del polvo desencadenado por la lucha, y cuando la tribu advirtió su intención los vítores se transformaron en un prolongado abucheo. Porky alzó la caracola; el abucheo cedió un poco para surgir después con más fuerza.

—¡Tengo la caracola!

Volvió a gritar:

—¡Os digo que tengo la caracola!

Sorprendentemente, se hizo el silencio esta vez; la tribu sentía curiosidad por oír las divertidas cosas que diría. Silencio y pausa; pero en el silencio, un extraño ruido, como de aire silbante, se produjo cerca de la cabeza de Ralph. Le prestó atención a medias, pero volvió a oírse. Era un ligero «zup». Alguien arrojaba piedras; era Roger, que aún tenía una mano sobre la palanca. A sus pies, Ralph no era más que un montón de pelos y Porky un saco de grasa.

—Esto es lo que quiero deciros, que os estáis comportando como una pandilla de críos.

Volvieron a abuchearle y a guardar silencio cuando Porky alzó la blanca y mágica caracola.

—¿Qué es mejor, ser una panda de negros pintarrajeados como vosotros o tener sentido común como Ralph?

Se alzó un gran clamor entre los salvajes. De nuevo gritó Porky:

—¿Qué es mejor, tener reglas y estar todos de acuerdo o cazar y matar?

De nuevo el clamor y de nuevo: «¡Zup!».

Ralph trató de hacerse oír entre el alboroto.

—¿Qué es mejor, la ley y el rescate o cazar y destrozarlo todo?

Ahora también Jack gritaba y ya no se podían oír las palabras de Ralph. Jack había retrocedido hasta reunirse con la tribu y constituían una masa compacta, amenazadora, con sus lanzas erizadas. Empezaba a atraerles la idea de atacar; se prepararon, decididos a llevarlo a cabo y despejar así el istmo. Ralph se encontraba frente a ellos, ligeramente desviado a un lado y con la lanza preparada. Junto a él estaba Porky, siempre en sus manos el talismán, la frágil y refulgente belleza de la caracola. La tormenta de ruido les alcanzó como un conjuro de odio. Roger, en lo alto, apoyó todo su peso sobre la palanca, con delirante abandono.

La roca dio de pleno sobre el cuerpo de Porky, desde el mentón a las rodillas; la caracola estalló en un millar de blancos fragmentos y dejó de existir. Porky, sin una palabra, sin tiempo ni para un lamento, saltó por los aires, al costado de la roca, girando al mismo tiempo. La roca botó dos veces y se perdió en la selva. Porky cayó a más de doce metros de distancia y quedó tendido boca arriba sobre la cuadrada losa roja que emergía del mar.

Ejercicios

1. Haz una síntesis extensa de la película, destacando especialmente las relaciones entre los personajes de Jack y Ralph y la transformación de los chavales.
2. ¿Qué normas se han impuesto? ¿Cuánto las respetan: poco, mucho o nada? ¿Por qué? ¿Cuáles son las consecuencias? ¿Cuáles han sido los motivos para imponerlas? [En el primer fragmento encuentras alguna referencia a ello]
3. Los chavales vienen de una academia militar, están acostumbrados a una disciplina

rígida, p. ej.: los pequeños tratan de ‘señor’ a los mayores. ¿Qué te pareció al principio? ¿Te parece que les va peor después por ello o al contrario

4. ¿Cuáles son las vivencias de la isla por los diversos personajes: cómo lo pasan, qué hacen, qué quieren hacer, cómo les va?
5. Haz un análisis del personaje de Porky: ¿cómo es, qué hace, cómo le va, cómo le tratan los demás, cómo te cae durante la película, desde su primera aparición, qué te parece su final?
6. ¿Qué equipo te parecía más atractivo, hacia mitad de la película? ¿Por qué? ¿Cambiaste de opinión después? ¿Por qué?
7. En una escena, unos chavales se entretienen torturando a algunos pequeños, enterrados en la arena hasta el cuello. ¿Conoces casos como esos entre nosotros? ¿Qué son las novatadas? ¿Qué te parecen? ¿Crees que tienen algo que ver con eso? ¿Crees que existe un «placer de la crueldad»?
8. Analiza el fragmento 2. a propósito de esto.
9. ¿Por qué se pintan? ¿Qué efecto puede producir esa pintura sobre los chavales? (Es posible imaginarse algo parecido: cuando nos disfrazamos, por ejemplo, por Halloween).
10. ¿Creéis que la caza sirve sólo para obtener carne? ¿Por qué estarían tan obsesionados? ¿Tiene algo que ver con lo que habéis pensado en las preguntas anteriores?
11. ¿Cómo describirías el grupo de Jack? ¿Te recuerda algún otro grupo que conozcas? ¿Cómo te parece que viven los miembros del grupo?
12. ¿Te recordó algo la danza en torno al fuego de la tribu en la fiesta en que matan a Simon?
13. Analiza con precisión lo que lleva a Jack a clavar la cabeza del cerdo en el suelo, «como ofrenda...», dice.
14. ¿Has localizado algún fenómeno que tenga que ver con la religión? ¿Cuál? ¿Podrías sacar de esta película alguna conclusión acerca de un origen posible de las creencias religiosas?
15. Analiza con detalle las escenas que culminan con el tercer fragmento. ¿Adónde han llegado los salvajes? ¿Por qué pasa lo que pasa?
16. Contesta tú la pregunta: «¿Qué es mejor, tener reglas y estar todos de acuerdo o cazar y matar?»
17. En la película, un momento antes, Porky se lamenta de que «hemos hecho las cosas como las hubieran hecho los adultos. ¿Por qué no ha dado resultado?» Bien, ¿por qué?
18. ¿Conoces alguna situación parecida entre nosotros? ¿Crees que esos chavales son como nosotros, o lo que hacen se explica por alguna otra razón?
19. ¿Creéis que algo así le podría haber pasado a vuestro grupo, de estar en esas condiciones?
20. ¿Qué te parece la frase de J.-J. Rousseau que tienes al comienzo y que menciona Porky en la película?
21. Lee los textos «Primitivos» y «¿Por qué y cómo se llega a ser terrorista?» y trata de ponerlos en relación con la película que acabas de ver.